

## CAPÍTULO IX

### EL DÍA DE AMÉRICA HA LLEGADO

Contingencias de la guerra, nada más..., dijo sonriendo el prócer de aquella gran victoria cuya que conmovió a toda la opinión en América y se comentó en Europa como el anuncio de algo muy importante en la historia: el advenimiento de nuevas entidades políticas independientes o, según lo expresó Canning pocos años después, “el advenimiento de un nuevo mundo que venía a equilibrar el antiguo”.

En efecto: el triunfo de San Martín advirtió al virrey Pezuela que el Perú, baluarte realista, no tardaría en ser invadido por mar desde Chile y que, apenas retiradas algunas fuerzas de Nueva Granada y Venezuela, aquellos pueblos, que antes de la invasión de Morillo habían revelado un heroísmo insuperable, levantaríanse nuevamente para sacrificarse en defensa de la causa. Ya en 1818 se había introducido Bolívar en el Orinoco –venido de Jamaica– y desde Angostura iniciaba nueva campaña libertadora, ardua, premiosa (el 15 de marzo, veinte días antes de Maipú, fue vencida por Morillo en la Puerta y días después por La Torre en Los Toros); pero ese mismo año llegaron tropas y oficiales ingleses, en feria después de las guerras napoleónicas. Para junio de ese año, sin noticias todavía de Maipú ni siquiera de Chacabuco, Bolívar acusó recibo al director Pueyrredón de un oficio del año 16, llegado a sus manos casi dos años después de remitido.

Pueyrredón, al comunicar la declaración de independencia, había hecho justicia al pueblo de Venezuela y a su egregio caudillo, y éste respondía con palabras de oro –como él sabía hacerlo– a los términos del director argentino: “Vuestra Excelencia –le decía– hace a mi patria el honor de contemplarla como un monumento solitario que recordará a la América el precio de la libertad y renovará la memoria de un pueblo magnánimo e incorruptible. Sin duda Venezuela, consagrada toda a la santa libertad, ha considerado sus sacrificios como triunfos. Sus torrentes de sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en aras de la patria. Nada es comparable a la bondad con que Vuestra Excelencia me colma de elogios inmerecidos. Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. Yo tributo a Vuestra Excelencia las gracias más expresivas por la honra que mi patria y yo hemos recibido de Vuestra Excelencia y del pueblo independiente de las Provincias Unidas de la América del Sur; de ese pueblo que es la gloria del hemisferio de Colón, el sepulcro de los tiranos y conquistadores y el baluarte de la independencia americana. Acepte Vuestra Excelencia los votos de admiración que me apresuro a tributar a las virtudes cívicas, a los talentos políticos y a los timbres militares del pueblo de Buenos Aires y a su ilustre director.

*“Excelentísimo señor:* cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un

cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”.

En este oficio de Bolívar, la palabra *independiente*, aplicada a las Provincias Unidas, es por todo extremo significativa en aquel momento de la revolución. Bolívar ignora todavía la independencia de Chile y él está en un rincón del Orinoco donde la independencia es apenas una esperanza. En agosto de ese mismo año llegan a su rincón algunos diarios ingleses que anuncian la victoria de San Martín en Maipú. Y entonces concibe un proyecto semejante al del paso de los Andes por el héroe del sur: el paso de los Andes venezolanos, remontando el Orinoco, para caer sobre los españoles de Bogotá y seguir si le es posible hasta el Perú, baluarte realista de América. Y después escribe desde el mismo lugar de Angostura (hoy ciudad Bolívar) al coronel Justo Briseño: “Las gacetas inglesas contienen los detalles de la célebre jornada del 5 de abril en las inmediaciones de Santiago, entre las tropas independientes de Chile y los realistas del Perú. El general San Martín batió y destrozó completamente allí siete mil españoles, les hizo tres mil prisioneros, entre ellos ciento noventa oficiales, les mató más de dos mil hombres y sólo se salvó el general en jefe, Osorio, con doscientos hombres de caballería. San Martín lo hacía perseguir vivamente. Este ejército realista era el único resto de las fuerzas de Perú y esta batalla ha producido la absoluta libertad del Alto y Bajo Perú. Así es que son indubitables los movimientos que amenazan a las provincias meridionales de la Nueva Granada. Los españoles, invadidos poderosamente por el sur por tropas victoriosas, a que ellos no pueden resistir, aun haciendo esfuerzos asombrosos, deben necesariamente concentrarse y dejar descubiertas las entradas y avenidas del reino en todas direcciones. Estimo, pues, segura la expedición libertadora de la Nueva Granada... El día de América ha llegado”...

Exageraciones y errores hay en esta carta: ni fueron tantos los prisioneros y muertos de Maipú ni la batalla produjo inmediatamente la libertad del Alto y Bajo Perú; pero revelan cuánto importó para la guerra de América el triunfo de Maipú. El virrey Pezuela, en conocimiento de aquel desastre español, elevó su informe al gobierno peninsular, y a vuelta de efugios y rodeos encaminados a excusar la derrota, dice... “y por uno de aquellos accidentes de insubordinación, raros en los ejércitos españoles, en ocasión de haber arrollado batallones enteros, *se perdió la batalla y se perdió todo*”... En cuanto a los proyectos ulteriores de San Martín, Pezuela los conocía desde un año antes. Por eso le dice a Casaflores, ministro español en Río de Janeiro: “Sé que los enemigos, en más aptitud, de resultas de la acción de Maipú, piensan llevar a cabo su antiguo proyecto de invadir por mar estos dominios... Me estoy disponiendo a recibirlos”...

Brackenridge, secretario de una misión de los Estados Unidos en Buenos Aires, escribió: “Se sentirá el efecto de esta batalla como el choque de un tremendo terremoto”.

Güemes hizo llegar sus congratulaciones desde Salta. “Las armas de la nueva nación, manejadas por la diestra mano de V.E., repiten sus triunfos dando mayor timbre al valor americano y sirviendo de terror al orgullo peninsular. Muy pronto verá éste que el estandarte de la libertad flamea en los mismos muros que supone impenetrables.”

Si con la noticia de Chacabuco pudo decir Pueyrredón: “Ayer ha sido un día de locura en Buenos Aires”, con la nueva de Maipú, a los pocos días del desastre de Cancha Rayada, las

poblaciones se mostraron exultantes. En Mendoza, la ciudad predilecta del vencedor, un vecino anónimo escribió a un amigo estas palabras emocionadas: “Dejo a tu consideración las demostraciones de alegría y júbilo que había en un pueblo que por sus sacrificios extraordinarios se juzga primer móvil de esta gloria.

“Yo no presencié más que los primeros *vivas* y al momento que me enteré de las noticias de boca del mismo conductor, me retiré a San Francisco, donde estaba expuesto el Señor de los Ejércitos, a darle gracias... No podía detener las lágrimas y más por vergüenza que por devoción permanecí hasta cerca de la una, porque no me viesan llorando, y al salir de la iglesia llegaba otro correo... y me dirigí a mi casa sin poder averiguar más, a causa de mi ternura”...

Trasladémonos ahora a una casa del centro de Buenos Aires donde un grupo de comerciantes ingleses comenta las noticias del día. Cuentan el episodio los hermanos Robertson en sus *Cartas de Sud-América*: “Una tarde –nos dicen– estábamos ocho o nueve amigos bebiendo un vaso de vino en casa de mister Dickson, donde nos habíamos reunido para cenar y se comentaba el tema del día: ¿Qué será de este país si Chile se pierde? El capitán S., que se había levantado de la mesa para ir a la puerta de calle, volvió al interior y, desde la ventana del comedor, nos dijo con toda tranquilidad: –El coronel Escalada llega con la noticia de que han sido derrotados completamente los españoles en Chile.

“Como el bizarro capitán era muy inclinado a bromear, tomamos como broma la noticia y todo lo que afirmó asegurando que se trataba de un hecho cierto. Luego el capitán se retiró, dejándonos sin creer lo que decía. Pero al instante, ¡pum!, nos sorprendió el estruendo de un cañonazo en el Fuerte... y, antes de que sonara otro, echaron a repicar todas las campanas alegremente. Todos salimos a la calle y pudimos de inmediato comprobar que las noticias del capitán eran ciertas. La batalla de Maipú había consumado la independencia de Chile. El entusiasmo del pueblo no conoció límites; corrían todos por las calles e iban de casa en casa, congratulándose y abrazándose unos a otros. Los “vivas” y los “hurra” llenaban el aire, la población entera se hallaba embriagada de alegría y de orgullo patriótico. Nos dirigimos en grupo al Fuerte, que estaba muy cerca de la casa de mister Dickson, y llegamos en el preciso momento en que nuestro amigo Manuel Escalada salía por la primera puerta, entre las aclamaciones de la multitud. Agitaba en la mano una bandera capturada en el campo de batalla y se encaminaba a casa de su padre, adonde no había podido llegar todavía.

“Como de costumbre, fui por la noche a la tertulia de Escalada; no es posible imaginar una escena más alegre, animada y jubilosa que la que allí encontré. La casa estuvo repleta toda la noche por la sociedad más respetable de la ciudad. El joven coronel, que era uno de los edecanes de San Martín, le dio tanto trabajo a sus manos aquella noche (para recibir plácemes), como el que le diera el día de la batalla”...

Después de Maipú, era natural que San Martín pasara nuevamente la cordillera, como después de Chacabuco, para entrevistarse con Pueyrredón. “Antes hizo sellar esta victoria –dice José Pacífico Otero– con un acto de suprema magnanimidad y consistió nada menos que en entregar a las llamas la correspondencia de personajes chilenos que poseía Osorio y que había caído en manos del capitán O’Brien cuando éste lo perseguía por los desfiladeros de Prado.

“Según la tradición, la escena tuvo lugar a dos leguas de Santiago y en el paraje conocido con el nombre del Salto. San Martín sentóse al pie de un árbol, leyó una por una las cartas que formaban ese legajo documental y, cuando hubo terminado esta tarea –las cartas en cuestión eran testimonios fehacientes de la deslealtad para con él de muchos prohombres de Santiago–, pensando no en la venganza sino en el perdón, las entregó a las llamas.

“Sólo una naturaleza como la suya era capaz de gesto semejante y el hombre que acababa de vencer al enemigo en el campo de batalla se venció a sí propio destruyendo, como lo dice un historiador chileno, los testimonios acusadores de la pusilanimidad y del egoísmo de la capital que dos veces había libertado. En el mismo sitio en que se llevó a cabo esta escena, O’Brien se hizo construir una cabaña para su recreo y guardó allí la silla en que se había sentado San Martín cuando entregó las cartas a la hoguera.

“En el respaldo de esta silla, y usando una jerga mitad inglesa, mitad hispánica, grabó esta leyenda: *‘San Martín’s chair’. En este lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que ha tenido el general Osorio con los de Santiago y tomada después de la batalla de Maipú.*

“Hacia mediados del siglo XIX esta cabaña existía aún. Vicuña Mackenna, que la visitó, nos dice que vio en aquel entonces la silla histórica en que se sentara San Martín.”

Estuvo San Martín en Buenos Aires el 4 de mayo. Había salido de Santiago el 13 de abril, ocho días después de Maipú. Viajó esta vez en coche desde Mendoza, y antes de llegar a la ciudad recibió una carta de Pueyrredón en que le decía: “Sin embargo que usted me dice que no quiere bullas ni fandangos, es preciso que se conforme a recibir de este pueblo agradecido las demostraciones de amistad y ternura con que está preparado. Si yo quisiera evitarlas, haría un insulto al más noble sentimiento, ni usted puede tampoco resistirse sin ofender la delicadeza de toda esta ciudad que prepara la carrera de su entrada con arcos y adornos al héroe de los Andes y Maipú. Es pues de absoluta, de indispensable necesidad, que usted mida sus jornadas para entrar de día: y que desde la última parada me anticipe usted un aviso de la hora a que gradúe que debe llegar para que el estado mayor general, etcétera, etcétera, salgan a recibirlo a San José de Flores, donde está situada ya una división de artillería. Una comisión de tres amigos debe también salir a felicitar a usted. Por último, hay ciertos sacrificios que es de necesidad sufrir a favor de la sociedad en que se vive y del puesto que se ocupa. Si usted quiera entrar a caballo adviértamelo y le mandaré uno mío”.

Pero San Martín entró a las cuatro de la mañana. La ciudad estaba engalanada y en la calle de la Victoria se levantaban arcos de triunfo. El congreso ordenó premios y distinciones para los participantes en la batalla y acordó recibir en su seno al vencedor y hacerle objeto de homenajes.

“El 17 de mayo de 1818 –dice en su diario don Juan Manuel Beruti–, en virtud de soberana orden del Congreso, se le dio las gracias al general San Martín por la misma soberanía, en su Sala de las Sesiones, y a su nombre lo hizo el presidente de este augusto cuerpo; quien luego que entró San Martín, acompañado del Director Supremo del Estado, a éste lo mandó sentar junto a su persona, y a San Martín en una silla que estaba preparada, entre medio del sitial del dosel y los diputados, en cuya presencia le dio las gracias de haber salvado la patria del furor de los enemigos, (y San Martín) contestó a ello con la sumisión y términos que correspondía:

Este grande honor se le hizo... por dicho soberano cuerpo, merecido a sus altos servicios; siendo el modo con que fue conducido al Congreso el siguiente: Todas las tropas de la guarnición se formaron en calle, desde la fortaleza hasta la casa del Congreso, con sus banderas y músicas; la carrera se colgó toda por el vecindario primorosamente y en la calle principal, por donde debía de pasar, se colocó un magnífico arco triunfal de cuatro frentes; bajo del cual, al pasar San Martín, cuatro damas, ricamente vestidas, le colocaron en la cabeza una corona de flores, en señal del triunfo con que era recibido, la que incontinentemente se la quitaron y siguió andando.

“El Estado Mayor General, con las demás corporaciones, fueron a su casa, lo sacaron, llevándolo en medio hasta el palacio directorial; cuyo jefe supremo salió a recibirlo, y en su compañía con el Excmo. Cabildo e ilustre acompañamiento e inmenso pueblo que lo rodeaba, lo condujo hasta la magnífica sala del soberano Congreso, a donde lo presentó al augusto cuerpo nacional, en donde fue recibido y siguió lo que tengo manifestado en mi primer párrafo: lo que concluido, en los mismos términos siguieron al Fuerte donde dejaron al Supremo Director, y con la misma comitiva fue acompañado a su casa.”

Nadie escatimaba su alabanza entusiasta al vencedor de Maipú, y largo sería enumerar en detalle todos los homenajes que recibió de sus conciudadanos, del gobierno de las Provincias Unidas y de Chile. Pero él no venía, en verdad, a satisfacer vanaglorias para las que su espíritu no estaba conformado. Venía en busca de otra cosa; venía en busca de dinero para realizar su expedición al Perú. Había podido hacer el paso de los Andes y vencer en Chacabuco después de poner a contribución toda la intendencia de Cuyo y obtener cuanto pudo del gobierno de Buenos Aires. Después, en Chile, O`Higgins habíase arreglado para equipar el ejército que llevó la campaña del sur y para oponerse a la invasión de Osorio. Pero la expedición al Perú era empresa de otra magnitud y exigía mayores erogaciones y sacrificios pecuniarios. ¿Podrían disponer ambos gobiernos, el argentino y el chileno, de los fondos exigidos por una empresa de tamañas proporciones? Porque no bastaban para ello el coraje ni la abnegación. “Si hacer fuera como decir quiero hacer –dice un personaje de Shakespeare-, las cabañas serían palacios y las ermitas catedrales...”

Preguntóle a un general en campaña el gobierno de la revolución francesa, cuáles eran las tres cosas que con más urgencia necesitaba, y él contestó inmediatamente: 1º, dinero; 2º, dinero; 3º, dinero...

En este conflicto hallábase el general San Martín a mediados de 1818: opulento de gloria y escaso de fondos para llevar a cabo su empresa que sería también el coronamiento de su gloria. Y venía a pedir dinero al gobierno que lo había favorecido en sus trabajos de Mendoza para dar cima al paso de los Andes. Traía en sus manos el mayor título de crédito que un hombre podría presentar en aquellas circunstancias; había dado honra y prez a su patria y ofrecía colmarla de bienes inestimables añadiendo nuevos blasones a sus armas gloriosas. Para él nada pedía; pero sí pedía, y no poco, para su proyectada expedición. Fue la tragedia del héroe.

Agenda de lecturas

Las cartas de Bolívar a Pueyrredón y a Briseño figuran en las *Cartas de Bolívar*, con notas de R. Blanco Fombona. Las comunicaciones de Pezuela sobre la batalla de Maipú, en Otero, *op. cit.* Lo mismo la carta de un vecino de Mendoza. La relación de Robertson sobre la noticia de Maipú en Buenos Aires está en el libro ya citado, *Cartas de Sudamérica*. Las comunicaciones entre San Martín y Pueyrredón, en el *Archivo* de San Martín. Para las ceremonias en Buenos Aires Véase el *Diario* de Beruti o *San Martín visto por sus contemporáneos*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. IX. Pp. 105-114. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.